

# *Mi viaje diario* <sup>(1)</sup>

(FRAGMENTOS)

## *La guardabarrera*

La guardabarrera estaba llorando. A su lado había una mujer con cara afligida. Algo muy hondo acongojaba a la guardabarrera para que al paso del tren fuese incapaz de recatar su dolor.

—La guardabarrera está llorando —han exclamado al verla los viajeros. Su dolor se ha contagiado a todos los abonados. —¿Qué le habrá ocurrido a la guardabarrera? —nos decíamos los unos a los otros. Todos los que la vemos diariamente nos sentimos solidarios de su pesar.

Todos los días cumple la guardabarrera el sencillo y humilde deber de dar paso a cerca de dos docenas de trenes. Al fin de su vida esta mujer habrá dado paso a cientos de miles de trenes.

---

(1) El joven escritor guipuzcoano José de Arteche, ha querido dar en EGAN las primicias de su libro inédito "Mi viaje diario". En estas páginas, cuya calidad literaria no necesita encomio, Arteche nos ofrece algunas de las impresiones dejadas en su espíritu por su cotidiano recorrido de muchos años, entre San Sebastián y Zarauz.

La guardabarrera, con su cara de rasgos angulosos, de mujer que le pone a la vida el ceño conveniente, estaba hoy llorando, pero junto a la cadena, y con la bandera verde plegada y recostada en el brazo.

La guardabarrera estaba llorando, pero estaba en su puesto.

## *Pescadores en el tren*

La peligrosa barra de Orio es, tal vez, la culpable en buena parte de la adustez que distingue a los pescadores de ese puerto. De tiempo en tiempo, la barra de Orio, de manera siempre idéntica y siempre inesperada, cobra a los pescadores oriotarras su cruel contribución de vidas.

No siempre, por lo tanto, pueden los pescadores de Orio regresar en sus barcos a sus casas. Unas veces les ocurre tener que arribar a Guetaria; otras veces al puerto de San Sebastián. En el primer caso, marchan a pie de Guetaria a Orio; en el segundo, regresan a sus casas en tren, que, al día siguiente, utilizan para volver a hacerse cargo de la flota que dejaron amarrada en el puerto donostiarra.

Si tenéis miedo a las corrientes de aire, y, alguna vez, en invierno, véis que entran en vuestro coche grupos de hombres en cuyos rostros resplandece la sencilla altivez de su oficio, vestidos de zamarras o jerséis azules y pantalones de mahón, pisando fuerte con sus pesados chanclos, no os puedo aconsejar sino que salgáis a buscar asiento en otro vagón.

Los pescadores, gente acostumbrada a todas las intemperies, lo primero que hacen en el tren, aunque esté nevando, es abrir todas las ventanillas que encuentran a mano.

## George Harrison

Aprovechaba ayer la dominical tarde de primavera paseando con mis chicos por la playa zarauztarra. Recorrer una playa en la bajamar, una playa extensa como la de Zarauz, sembrada de toda clase de despojos por el constante flujo y reflujo de las aguas, constituye para espíritus observadores una lección de cosas muy divertida.

Mediada la playa, casi hacia las últimas casas de verano, un bulto de color pardo, flotando donde rompían las olas, a muy poca distancia de la orilla, detuvo nuestros pasos. El extraño y descoyuntado amasijo había, antes que a nosotros, llamado la atención de un grupo de chicas que, descalzas, estaban jugando a paleta sobre una cancha improvisada en la arena, porque todas ellas, en actitud curiosa y expectante, lo miraban brincar sobre el espumoso lomo de las olas. Tan pronto una ola parecía depositarlo en la arena, como otra lo alejaba de la orilla.

Hasta que una de las jóvenes, separándose de sus compañeras y penetrando decididamente en el agua, sujetó por la ropa al muerto —porque, en efecto, como todos habíamos sospechado, de un muerto se trataba— y lo sacó a tierra.

Era una masa confusa envuelta en una pelliza de cuero, donde, al costado izquierdo, destacaban las letras RAF, y de la que colgaban un cráneo y los huesos de piernas y pies totalmente descarnados. No despedía ningún hedor. El cráneo, limpio, mondado en absoluto, cubierto ya de ligero verdín, conservaba todavía algunos cuantos pelos rubios, y, asimismo, las gafas de aviador sobre las cavidades ópticas. Además, tenía sujetos los auriculares, todo lo cual contribuía a darle la más triste y trágica apariencia. Me costará olvidar aquel cráneo.

Por fin, el pobre aviador, a los dos o tres meses de estar flotando sobre las aguas, reposaba, roto, en la arena, rodeado del grupo que a su alrededor formábamos en conmovido silencio.

Y, después que alguno salió a dar parte a las autoridades, en silencio nos apartamos del lugar, y en silencio seguimos largo rato

caminando, hasta que uno de mis niños lo rompió para decirme con acento obsesionado:

—Y ha muerto solo, *aitacho*. ¿Habrá muerto solo, verdad? ¿Verdad que ha muerto solo?

Un misterio nos había tocado en lo más íntimo. ¡Solo! ¿Solo? ¡Qué terrible misterio el de la agonía de los pobres náufragos! Nadie sino Dios escucha los gritos de estos hombres que se debaten angustiosamente con las olas. El solamente presencia la muerte del náufrago. Nadie, sin duda, clama y siente a Dios como le siente y clama el pobre navegante que bracea sin esperanza humana en el tumulto de un mar que estrangula sus gritos de socorro.

No puedo sustraerme a la idea de que Dios, que quiso morir en el más absoluto desamparo, se revela de alguna manera al náufrago, tanto más unido a El en su agonía cuanto más abandonado se encuentra de todos. El náufrago, en su soledad, repite, en cierto modo, el drama divino, y no puedo menos que imaginar que el náufrago recibe alguna súbita iluminación que consuela la espantosa soledad que lo rodea. Los brazos misericordiosos de Dios Nuestro Señor tienen que recoger con más amor las almas de los pobres náufragos.

## El contratista

Cara ancha, redonda, llena; la nariz, gruesa y ganchuda, le cae sobre la boca como una gárgola. Boina grande, colocada como un solideo. Tipo ventrudo, apoplético; él sólo necesita dos asientos. Viste buen traje y camisa blanquísima, sin corbata. Por el bolsillo de la chaqueta le asoma el metro plegable.

Delante de él se sientan dos caballeros que le van mostrando planos y más planos que arrollan y desenrollan alternativamente. Hablan ellos solamente; a él le cuesta digar cuatro palabras seguidas. Pero las dice con aplomo impresionante.

—Hay que *haser* eso pronto.

Según lo pronuncia, el adverbio final parece un redoble: ¡Prrronto! Todo en él es afirmativo. Sus manazas, a pesar de su grosor, tienen gestos precisos.

—Ya haremos eso.

—¡Qué va usted a *haser*, pues!

Para él todo es *haser*.

El dedo de uno de los caballeros señala en el plano un obstáculo. Pero las manazas del contratista planean con gesto dominante y paternal encima de las rodillas, al mismo tiempo que dice lleno de convicción y confianza y como si la exteriorización de la duda, solamente, constituyese grave ofensa:

—¡No hay que asustar!

## El vinillo y las copas

Es rubio, buen mozo; representa tener alrededor de treinta años. Viste muy bien. Habla con ligero acento nasal, un poquito estropajosamente.

—Buenas tardes a todos, a todos, a todos sin distinción. A todos, a todos...

El coche se halla lleno de viajeros, de los cuales van de pie bastantes. El educado joven se resigna a ser uno más entre estos últimos.

En un asiento cercano, una madre joven hace fiestas a su niña de pocos meses.

—¿Cómo se llama esta niña, señora?

—Rosa María.

—¡Ros Mari! Rosa María. ¡Nombre poético, romántico, novelesco, sentimental! ¡Ros Mari...!

El tren arranca. El sentimental se cae encima de los viajeros. Se levanta haciendo equilibrios, para agarrarse enseguida al soporte de los equipajes.

—Perdonen ustedes. Ha sido el arranque. ¡Qué forma de arrancar! Perdonen. Perdonen. Perdón a todos.

Cerca hay un hombre con la mano en la mejilla, que mira afuera totalmente abstraído. El joven, tocándole el hombro, le dice con tono blando que quiere ser imperioso:

—¡Oiga! Usted no me ha perdonado todavía.

## *El paraguëerito*

Muy joven y pequeño, tiene ojillos vivaces, viste traje de mahón y la boina cucamente ladeada para dejar visible la raya del peinado. Es de la provincia de Orense.

Suele bajar del tren en Orio o Usúrbil; se echa a la espalda la caja de su oficio sujeta con la palanca al hombro, y se va por los caminos, con cara sonriente, de caserío en caserío. Habla vascuence perfectamente.

—¿Hay trabajo? —suelo preguntarle.

Y siempre, invariablemente, me contesta poniéndose muy serio y con acento solemne:

—Algo. ¡Siempre se defiende el hombre!

## *Los niños dormidos*

Sólo los domingos y días de fiesta disfruto de la vida de familia en la plenitud de la intimidad. El resto de la semana, para cuando de vuelta de mi trabajo alcanzo mi hogar, son las nueve de la noche, y eso suponiendo puntual la llegada del tren.

En un pueblo las nueve de la noche es hora avanzada, en invierno sobre todo. Para entonces, al menos durante buena parte del año, mi hogar reposa en absoluto sosiego; mis niños se hallan ya acostados y dormidos. Y acostados y dormidos suelen quedar cuando salgo por la mañana de casa. Cuando llego por la noche, la tentación de despertarlos me acomete poderosa, pero la resisto, y me conformo con pasar callandito revista a las camas y camitas y a la cuna donde reposan. No me cambio entonces por nadie.

A los chicos, rebosantes de calor vital, hechos un ovillo, confusamente revueltos con sábanas y mantas, necesito casi siempre arreglarles el embozo. Las niñas no requieren ese cuidado; les basta con recibir en sus frentes candorosas un silencioso beso. ¿Por qué será tan fugaz la infancia?

La cuna suelo algunas veces encontrarla vacía. En ese caso, ya sé dónde mi niña menor, rubio angelito que todavía no ha cumplido diez meses, me aguarda tendiéndome ansiosamente sus bracitos. Hay algo divino en las primeras sonrisas de un ser que más que conocernos, parece que nos reconoce.

Primeramente le hago fiestas; la cabalgo sobre mis rodillas, y luego, en viéndola restregarse la naricita, la reclino en mis brazos y yo mismo la duermo; me gusta hacerla dormir; conmigo duerme muy a gusto. Modula un acorde prolongado, quejumbroso, al mismo tono que el monorrítmico canturreo a boca cerrada con que acostumbro adormecerla; luego, durante un momento, mira con los ojos fijos al techo, y en seguida se queda dormida.



Y entonces, todo mi ser queda suspenso del sueño de mi hijita; su paz, llena de inocencia, me invade de sosegante ternura. Casi me da miedo hasta el besarla.

No despiertes, hija mía. No soy yo solo quien estoy meciendo; tú misma me meces también el alma; en tu sueño se me aduerme con dulzura el alma fatigada. Presiento tu reposo lleno de claridades inefables. Adivino mirándote que sonríes porque alas angélicas resbalan por tu carita en la que veo a Quien a ti me ha dado, a Aquél que está aquí mismo, junto a nosotros, y, al mismo tiempo, más allá de la última estrella. Y aunque recelo temeroso de esas sonrisas, porque se me imagina que te apremian desde el cielo, ¡no despiertes, mi rubita, no despiertes!

